

EL VELO DE ISIS VIII

LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA

En nuestro caminar por la vida, vamos a encontrar siempre historias, situaciones y resultados, que nos muestran los caminos del protagonista o de varios de ellos, para hacernos notar que -únicos e irrepetibles que somos- vamos resolviendo las pruebas de acuerdo con nuestros elementos: voluntad, equilibrio, emociones para mostrarnos como el elemento final, el fuego, es el camino para conectar con las soluciones o vía mística. De ahí "las lenguas de fuego" sobre los Apóstoles, que nos comenta el Evangelio, pues es a través de él que emitimos lo que hemos trabajado en la tierra, el aire, el agua y el fuego, tal como comenta el autor.

Vivir en el agua, simbólicamente es estar inmerso en las emociones y no trabajar otras capacidades.

Lanzarse al agua y caer en la tierra, nos indica que es en nuestra tierra donde hemos de trabajar nuestro elemento agua, necesario para que fructifique, pero no en demasía porque la encharcaría y no dejaría crecer nada.

Estar en el aire, es utilizar el equilibrio mental, pues sin él, los trabajos carecen de efectividad, reflexionar es una capacidad humana imprescindible para que tierra, agua y aire, funcionen armónicamente.

Convertir en pájaro, algo que te presiona o molesta, es "darle el vuelo" y apartarlo de tu vida, pues en ese momento no lo necesitas, sino que más bien te estorba.

Buscar con desesperación una pareja femenina, es buscar tu complemento si eres varón, para encontrar tu unidad, tu lado derecho e izquierdo, regidos por tu parte central que te sostiene, tu esqueleto y tu corazón. Tenemos el ejemplo cuando convierte el hombre a la hechicera en yegua, o sea en algo femenino, que forma parte de él, pero ha de dominar, por eso no debe dejar las riendas a nadie, ya que la yegua es él mismo.

Al unirse la tierra y el agua del mar, dan nacimiento a Beder, que mas tarde se identifica con el nombre de solar de Shemesh, indicando que tierra y agua, reciben los beneficios de ese calor del Sol, imprescindible para la vida, regalo que recibimos sin discriminarnos por raza, color, credo o vida social.

Ya en la Biblia, le dicen a Adán que de nombre a los animales, en un mensaje simbólico interior, para identificar la parte animal que podemos tener, y que trata de manejarnos, y así comprendemos que para poder dominar y controlar cualquier "instinto animal" hemos de saber su nombre: ira, temor, duda, pasión etc. y solo así identificándole, podemos ponerle riendas y controlarlo.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo VIII

El libro de los "mareds", o Habitantes de las Aguas

Enlace de este libro con el del Pescador.–Beder o Bedreddhin, rey de Persia, y Giauhara, princesa de Samandal.–Gulnara, la "lunar", hija de las aguas.–La revelación de la hermosa reina.–¡Un hijo de la tierra y del mar!– La evocación de los seres de las aguas.–Beder se enamora de oídas de la princesa Giauhara.–Saman-dal el rey de los genios aéreos.–Hombres transformados en bestias.–El viejo Abdallah.–Perfidias hechiceriles de la reina Laba en la Ciudad de

los Encantos.–Dos obras modernas acerca de este tema.–La mujer-yegua.–El triunfo de Beder.– Comentarios acerca del hermoso libro de los Mareds.–Beder “el hombre solar” o “el héroe”.–Gulnara, el alma divina del hombre.–Entronque de este mito con el general del libro de Las mil y una noches.–Beder–Olinos.–El Saleh parsi y el Saleh bíblico.– Concordancias del libro del Génesis.–Labán y Labana, o sea típica concordancia del mito parsi con el mito hebreo en el tema que nos ocupa.–Otras concordancias mitopeicas del libro de los Mareds.

En el “Libro del Pescador” que hemos desarrollado en los capítulos precedentes, hemos visto en acción a los genios o efrites del mal encerrados luengos siglos hacía en mágicos vasos de cobre por el poder de la Magia buena o “Solar” del sabio Solimán o Salomón. Un verdadero apéndice de las múltiples versiones de aquel libro se nos presenta naturalísimamente ahora, con la contraparte de tales genios perversos y sumergidos, o sean los genios buenos del mar, a quienes los textos denominan “los mareds” y cuyo reino poderoso acaba contrayendo estrecha alianza de sangre con los hombres buenos de la remota época en que la Persia alcanzara todo su esplendor.

El himno en prosa de semejante alianza está contenido en el precioso cuento que lleva por título Historia de Beder, príncipe de Persia y de Giauhara, princesa del reino de Samandal, que comenzaremos por transcribir. Dice así:

“No en vano se dió a los antiguos reyes de Persia el soberbio título de Rey de reyes y Señor de señores, porque tenían bajo sus órdenes tantos soberanos tributarios como provincias componían aquel vasto Imperio. Sin embargo, el rey de tamaño Imperio no era feliz, por cuanto ninguna de sus cien mujeres le había Podido dar sucesión. Tampoco alcanzaran a dársela las mil mujeres hermosas que le traían como esclavas de los más remotos confines del universo.

Cierto día en que el rey departía altamente con su corte de ciencias, artes, historia, literatura y demás cosas del espíritu, entró un eunuco anunciando a un comerciante portador de una esclava traída de misterioso país. Ver el rey a la esclava y quedar prendado ciegamente de ella, todo fué uno. Dió al comerciante, pues, diez mil monedas de oro, amén de ricos vestidos, y la hizo instalar en un palacio magnífico cuyas ventanas daban al mar. La misteriosa esclava vió llegar al soberano a su lado con la indiferencia mayor del mundo, y aunque éste y la servidumbre la colmaron de atenciones y ternuras, no llegaron ni siquiera a hacerla desplegar los labios, por lo que todos temieron que la hermosa fuese muda. Fue tanta, sin embargo, la pasión que por ella concibió el rey que se consagró a ella sólo y despidió a todas las demás mujeres que tenía.

Así pasó todo un año sin que el rey ni nadie la hiciese, no ya hablar, sino ni levantar los ojos siquiera, hasta que cierto día, tras infinitos transportes de amor, el rey consiguió al fin, lleno de júbilo, hacerla hablar de esta manera:

–Señor, me llamo Gulnara (*) y tengo tanto que decir al romper mi silencio, que no sé por dónde comenzar. Ante todo le rindo las más sinceras gracias por cuantas atenciones habéis tenido para conmigo. Dios se las premie con largos y felices años. Debo anunciarle también que estoy embarazada. Sin este evento jamás habría roto mi silencio, como hoy lo hago para decirle que el verme ahora como esclava no quita para que mi linaje ceda en nada ante el vuestro. El despecho al verme separada de mis regios deudos me había decidido a no hablar jamás ya. –Y luego, cobrando bríos, añadió: –Mi nombre es Gulnara; mi difunto padre era uno de los más poderosos reyes del mar, y, al morir, dejó su reino a mi hermano Saleh, bajo la tutela de mi madre, hija también de otro poderoso rey del mar. Libres e

independientes, vivíamos en la paz más profunda cuando un enemigo cruel invadió nuestros Estados, se adueñó de nuestra capital, sin darnos tiempo sino para salvarnos con nuestros fieles en un impenetrable retiro. Ya en él, mi hermano me dijo que a fin de evitar mayores males en lo futuro desearía casarme, ya que no con un príncipe marítimo de mi altura, con algún rey poderoso de la tierra. Mi hermano, para vencer mis resistencias, añadióme que había en esta última reyes que no cedían en categoría a los del mar, pero no me rendí a partido y, desesperada, me arrojé al fondo del mar, yendo a caer en la isla de la Luna, donde un hombre de cierta distinción se apoderó de mí, pretendiendo con dulzura hacerme su esposa, y cuando vió que por este camino nada conseguía, quiso apelar a la fuerza. Pronto le hice arrepentirse de su insolencia, y él, exasperado, me hizo vender como esclava, viniendo así a parar a manos de vuestra majestad, para quien hoy sólo tengo elogio y gratitud. Le confieso, sin embargo, que en mi altanero carácter, si otra cosa hubiere hecho y no me hubiese dado la inmensa prueba de amor de despachar a todas vuestras demás mujeres, un día u otro me habría arrojado al mar en demanda de mis deudos y no me habríais vuelto a ver.

(*) Son muy notables y sugestivas las variantes que nos ofrece el texto de Mardrus en el presente cuento. La gentil y marítima esposa del rey se llama Gul-i-anar, que significa Flor-de-Granada, y el mismo reyes Schahramán, acaso Schashamán, como el que vimos en la introducción del libro, y su Corte no era la de Persia, sino la Ciudad Blanca del Khorassan o región central de la Ariana. Es, además, dicha esposa un símbolo de Isis, por cuanto se la describe en estos términos: “El rey la comparó en su alma con una fina lanza de un solo cuento, y como la envolvía la cabeza y rostro un velo de seda azul listado en oro –Velo de Isis– el mercader se lo quitó, y al punto iluminóse con su belleza la sala, y su cabellera rodó por su espalda en siete trenzas macizas que la llegaron a la pulsera de los tobillos... y era de continente regio y tenía curvas maravillosas y desafiaba en flexibilidad de movimientos al delicado tallo del árbol ban. Sus ojos, negros y naturalmente alargados, estaban repletos de relámpagos destinados a atravesar los corazones; y sólo con mirarla curaríanse los enfermos y dolientes... Cubríanla siete trajes de colores y telas diferentes.”

Al hijo de Schahraman o Schah-zamán y de Guliana, Juliana, Juana o Ioanas, se le denominó Sonrisa de Luna y al rey, abuelo de Giauhara, se le denomina Salamandra, es decir “Señor de los Espiritus del Fuego”, y a su hija Gema o Gemma, “la región del Fuego”. Mirta es la servidora de Gema. La perversa reina maga que aparece después en la maldita “Ciudad de los Encantos” se la denomina “Almanakh”, nombre equivalente a nuestro juicio al de “Espíritu de corrupción” o “Espíritu de los tiempos o del siglo”. De todo ello se sacará en el comentario el debido partido.

Asombrado hasta lo indecible el rey de Persia con semejantes revelaciones, dijo a la hermosa, preso del mayor entusiasmo:

–Amada esposa mía: lo que acabáis de decirme excede a toda humana imaginación. Yo no soy ya, pues, vuestro esposo y vuestro rey, sino vuestro esclavo más humilde. Disponed, pues, a vuestro antojo, y si queréis que vuestros parientes vengan a honrarme en la corte, no tenéis sino decírmelo. Sólo veo en todo esto una dificultad. No comprendo, en efecto, cómo podéis vivir bajo las aguas sin ahogaros.

–Nosotros –respondió Gulnara– caminamos por el fondo o por la superficie de las aguas como vosotros marcháis sobre la tierra. El agua ni siquiera moja nuestras vestiduras ni nos impide el uso de nuestros sentidos, y nuestro idioma es el mismo que campea en el sello del gran rey Salomón, hijo de David. Además, como el mar es mucho más espacioso que la tierra, hay allí muchísimos más reinos y más poderosos también, con pueblos de mil diferentes usos y costumbres. Los palacios son suntuosos, como aquí nunca se han visto; manejamos el oro, las perlas y demás piedras preciosas como vosotros aquí el trigo o el maíz. Nos podemos transportar de un lugar a otro muy distante, sin carruajes ni cabalgaduras. Paso, en fin, por alto otras muchas particularidades que, si las conociérais, os pasmarían. Así, pues, como el acto de dar a luz es muy diferente entre nosotros que entre los terrícolas, desearía llamar a la reina mi madre para reconciliarme con ella y que me asista. Ya se dará ella por muy feliz al verme desposada con el muy poderoso rey

de Persia.

–Señora –respondió el rey–, podéis hacer como os viniere en gana. Yo sabré recibir a los vuestros con todos los honores que le son debidos a su elevadísima categoría. Decidme tan sólo qué es lo que debo hacer para que se los avise.

No hay necesidad de nada sino de lo que vais a ver si esperáis tras esa celosía, replicó la reina Gulnara, y haciéndose llevar un pebetero con perfumes, en el que quemó luego polvos de madera de áloe, pronunció en medio del humo palabras desconocidas para el rey de Persia, y al punto, frente a las ventanas aquellas que daban al mar, empezaron a enturbiarse y como a hervir las aguas, hasta dar paso a un joven alto, gallardo e inteligente, de bigotes verde-mar, quien, con la mayor majestad, se fue elevando del fondo, seguido por una señora venerabilísima y cinco damas jóvenes que en hermosura no cedían a la de la reina Gulnara.

Esta reconoció en seguida a su hermano, madre y primas, que suavemente se acercaron a la barandilla, andando sobre las aguas, y entre una y otros se desarrolló la tierna escena que, tras la ausencia, es de suponer, y en la que Gulnara les informó de todas sus aventuras y su desposorio con el más poderoso de los reyes entonces de la tierra, cosa que aprobaron ellos, mostrando su emoción del modo que les era habitual, es a saber: echando fuego por boca, narices y ojos. El rey, desde su escondite, temía de un momento a otro que los parientes, sin contar él con medio alguno de evitarlo, se llevasen a Gulnara, y sólo respiró a sus anchas cuando ésta, haciéndose servir la comida para todos, fue por él para presentarle a su familia, quienes se prosternaron respetuosos hasta que éste les levantó, abrazándoles. Entonces Saleh, el rey del mar y hermano de Gulnara, dijo al de Persia:

–Señor, nosotros, que siempre hicimos resistencia a desposar a mi hermana con ninguno de los más poderosos príncipes marítimos, nos sentimos hoy dichosos al verla enlazada con el más excelso de los monarcas de la tierra. –Y, después de las más corteses y entusiastas palabras de contestación del rey de Persia, se celebró el banquete de familia que así sellaba por siempre la alianza entre la tierra y el mar.

Como ya se avecindaba el alumbramiento de la reina, los parientes de ella continuaron a su lado, con gran contento del monarca persa y de todo su reino. Para colmo de la felicidad, Gulnara dió a luz un hijo hermosísimo sobre todo cuanto hay de hermoso en el mundo, y a quien por tal causa se le puso por nombre Beder. La ciudad entera se deshizo en fiestas y el rey colmó de liberalidades a su pueblo.

Restablecida prontamente la reina, cierto día en que se hallaba toda la familia reunida en torno de la criatura, el rey Saleh, su tío, la cogió en los brazos, comenzó a dar con ella vueltas por la estancia, y en un transporte de júbilo se arrojó con ella al mar. El padre, al verlo, dió un espantoso grito creyendo que Saleh iba a ahogar al hermoso niño; pero cuál no sería su sorpresa al ver salir de allí a poco al tío con el sobrino en los brazos sin que ni se hubiese mojado siquiera. Conviene al efecto saber que, a más de las relevantes dotes heredadas de su padre, tenía el niño Beder, como heredada de su madre, la facultad de poder andar sobre el mar y sumergirse en él igualmente que todos sus parientes maternos. Júzguese con esto sólo las ventajas que sobre los demás humanos tenía desde su nacimiento el futuro heredero de las dos coronas del mar y de la tierra. El viaje rápido que Saleh

durante su inmersión realizara con su sobrino no fué tampoco a humo de pajas, pues que volvía con una caja aportada de su palacio conteniendo trescientos sesenta y cinco diamantes como huevos de paloma, amén de otras piedras preciosas enormes y de extraordinario valor, que Saleh presentaba respetuoso al rey de Persia como regalo de natalicio.

–Señor –replicó Saleh, ante las muestras de gratitud con que le abrumaba el rey–, a vuestra majestad le parece extraordinario el presente que me honro en hacerle porque aquí en la tierra las gentes no están acostumbradas a ver piedras tamañas ni en tal abundancia, pero para nosotros, que poseemos los yacimientos de sus filones, son meras bagatelas y juguetes infantiles.

Llegó, al fin, el día de la separación, lamentándose el rey de no contar con cualidades adecuadas para devolver a sus deudos la visita en el seno profundo de los mares, pero rogándoles vivamente que viniesen de cuando en cuando ellos, y añadiendo:

–Antes de ver las cosas tan asombrosas que llevo vistas, yo hubiera mirado a quien se hubiese atrevido a contármelas como un hombre falto de juicio o que pretendía abusar de mi credulidad; pero hoy, que he sido testigo de ellas, no cesaré de bendecir al cielo que me las ha mostrado y hecho disfrutar.

En cuanto al joven príncipe Beder, no hay que decir la educación tan esmerada que fue recibiendo, tanto por su familia marítima como por su familia terrestre. Los más sabios maestros le aleccionaron a porfía, hasta el punto de hacerle aún más admirable por sus dotes intelectuales y morales que por su extraordinaria hermosura física, por lo que el rey de Persia renunció en obsequio suyo la corona, que él supo ostentar con más gloria y provecho de sus súbditos que todos sus antecesores. Muerto su padre más tarde, su tío Saleh, viniendo desde el fondo de su reino submarino a pasar unos días con, él y con la reina madre, empezó a hablar con esta última acerca del matrimonio que él proyectaba de Beder con una de las hermosas del mar, la princesa Giauhara, hija del rey Samandal, bien ajeno a pensar que el propio Beder, a quien creían a la sazón dormido, les estaba escuchando.

–Por desgracia –terminó Saleh–, este rey Samandal está tan persuadido de su linaje excelso, que se niega a contraer todo enlace tanto con príncipes de la tierra como del mar. Por eso no conviene que nuestro querido Beder sepa nada de nuestros designios hasta que no hayamos tratado de orillar semejante dificultad y pedido y obtenido para él la mano de la gentilísima Giauhara.

Pero no contaban madre y tío con que el joven rey no había perdido palabra de su conversación y que desde aquel instante mismo se había inflamado su corazón de tal modo por esta última princesa, que a hurtadillas de su madre obligó a su tío Saleh a que se le llevase consigo. Éste no tuvo más remedio que complacerle, entregándole previamente, para que pudiese moverse a su arbitrio en el seno del húmedo elemento, una sortija de oro, en cuya piedra aparecía grabado el misterioso y omnipotente Sello del rey Salomón. Hecho esto, tío y sobrino se elevaron por los aires con sin igual ligereza, caminando luego sobre el mar para acabar sumergiéndose en él como la cosa más natural del mundo. Ya en su reino Saleh, contó a su madre, la abuela de Beder, la fatal imprudencia cometida creyendo que éste dormía, la pasión que en el acto se había despertado en el pecho del joven y las fatales consecuencias que ésta podría tener si no se triunfaba en la

empresa. De acuerdo, pues, con la anciana abuela, Saleh partió al día siguiente, con ricos presentes, para el poderoso imperio del rey Samandal, quien le recibió cordialísimamente, hasta que, al exponerle Saleb su temeraria pretensión, el rey Samandal montó en cólera, teniéndole casi por loco, pues de tal manera pretendía un hijo de gentes terrestres y marítimas, aunque fuesen reyes, alzarse hasta su celeste calidad de soberanía la mayor y más inaccesible, faltando poco para que no le mandase cortar la cabeza, como lo hubiera hecho, sin duda, a no escapar por pies el imprudente Saleh y tropezar en su huida con mil hombres de armas que, en previsión de acontecimientos, le había enviado su madre. Con ellas prendió a su vez al rey Samandal; pero al ir a apoderarse de la princesa Giauhara, se halló con que esta última se había echado de cabeza al mar y refugiado en una isla desierta.

Mientras tanto, al recibir el joven rey Beder en casa de su abuela la noticia del peligro en que se hallaba el rey su tío, se lanzó también al fondo del mar, y, no sabiendo qué camino tomar, tropezó con la misma isla desierta de la princesa Giauhara. Hacía muy poco que se había echado a descansar bajo un frondoso árbol, cuando oyó cantar allí cerca, con voz más celeste que terrestre, y al ir sin hacer ruido hacia donde la voz sonaba, percibió una hermosura que le cegó y que no dudó un punto fuese la de su princesa amada. Presentóse a ella inmediatamente, ofreciéndola sus auxilios y diciéndole quién era, después de haber revelado su condición la princesa, y el estado de prisión en que por ello había puesto a su padre el rey Saleh.

Por muy patéticas que fuesen las frases de amor del joven hacia la hermosa, esta última, indignada del tratamiento recibido por su padre a causa de Beder, por no querer que un hombre terrestre, siquiera fuese el rey de Persia, contrajese enlace con una celeste princesa, no se rindió a partido; pero para asegurar el golpe le presentó la mano en señal de amistad, y, una vez apoderada de la del príncipe, le dijo escupiéndole a la cara, a falta de agua para el conjuro:

-Temerario loco: por la virtud de mis hechizos, deja tu forma humana y toma la de un ave blanca con patas y pico encarnados.

Y una vez que surtió su instantáneo efecto el conjuro, Giauhara entregó el ave a una de sus doncellas con encargo de que le llevase a la Isla Seca, espantoso peñasco sin agua ni plantas.

Pero la doncella, compadecida y esperando que algún día depusiese su cólera la señora, llevóle a una hermosa y fértil isla, donde le abandonó a su suerte.

Entre tanto que esto ocurría, el rey Saleh siguió manteniendo en prisiones al celeste rey Samandal, aunque con toda clase de respetos; pero cuando supo la desaparición de su sobrino, creyó perder el juicio, lleno de remordimientos por toda aquella catástrofe causada sólo por sus palabras imprudentes de antaño con su hermana acerca de Giauhara, cuando creían que no las oía el príncipe Beder. Dicha hermana, alarmadísima por la desaparición de su hijo, había venido también en su busca a la corte de Saleh; pero éste, contándola todo lo acaecido, la convenció de que debía volver a Persia y seguir gobernando en nombre de su hijo hasta su regreso.

No salía de su asombro el joven Beder viéndose transformado así en ave y forzado a alimentarse en la isla como las demás aves de su especie. Además, pronto llegó un hábil cazador a la isla, quien, al ver un ave tan singularmente hermosa, tendió

sus redes y la cazó, poniéndola en una jaula, y la llevó al mercado, donde alguien quiso comprarla para comérsela. Pero él prefirió regalársela al propio rey, quien la recibió con gran estimación, y más cuando advirtió asombrado que no comía el ordinario alimento de las aves, sino que se puso a comer con él en la mesa de cuantos platos sacaron, como si realmente fuese una persona humana. Esto maravilló de tal modo al rey, que mandó llamar a su hija la princesa y que lo viese.

No bien llegó ésta, que era bruja, cuando se echó el velo a la cara, exclamando:

–Señor, no toméis a mal esta mi acción. Sin duda bromeáis conmigo o no sabéis que ese ave que me mostráis no es tal ave, sino un hombre en figura de tal, y nada menos que el joven Beder, rey de Persia, hijo de la famosísima princesa Gulnara, sobrino del rey Saleh y nieto de la reina Faraschea, transformado en ave por obra mágica de la celeste princesa Giauhara, hija del rey Samandal, como ahora mismo vais a ver.

Y diciendo esto la princesa, se hizo servir un tazón con agua, sobre la que pronunció ciertas palabras misteriosas e ininteligibles. Cuando el agua empezó como a hervir, roció con ella la supuesta ave, que al punto tornó a su hermosa figura de hombre, bajo el poder de la consabida fórmula de “en nombre del Creador de cielos y tierra, si eres realmente un ave, sigue siéndolo, pero si eres hombre, vuelve a tu primitivo sér”.

El rey aquel, indignado ante la excesiva crueldad de la princesa Giauhara, se compadeció de Beder y le proporcionó un navío para que se restituyese a Persia. El navío se hizo a la vela con buen tiempo, pero a poco le asaltó una tempestad tal que le deshizo, anegándose con todos sus tripulantes, excepto Beder, que, a nado, pudo ganar la orilla. Ya en ésta vióse sorprendido el joven al verse rodeado de caballos, camellos, bueyes, jumentos, mulos, monos, perros y demás animales que parecían interesados en cerrarle el paso, convenciéndole de que no debería seguir.

Pronto comprendió el príncipe de lo que pretendían disuadirle aquellos animales, pues se vió en una ciudad enorme, cuyas calles estaban desiertas en absoluto. Sólo acertó a ver en una de las abandonadas tiendas a un viejo vendedor de frutas, que, por las trazas, parecía ser el único hombre vivo en aquella sepulcral urbe, y que no bien le divisó, le hizo señas para que entrase en seguida en la tienda como si le amenazase un inminente daño.

Dentro, pues, de la verdulería y una vez que Beder hubo hecho al buen viejo Abdallah el relato de sus desventuras, éste le dijo:

–Hijo mío, bien puede dar gracias al Señor de todo lo criado por haberle conducido incólume hasta aquí, porque esta es y se llama la Ciudad de los Encantos, y está gobernada no por un rey, sino por una perversa reina hechicera la más peligrosa que cabe hallar. Bástele saber, en efecto, que cuantos animales le han querido cerrar el paso son otros tantos infelices hombres faltos ya de otro lenguaje y a quienes ha encantado, después de hacer lo que os diré: Hospedarlos magníficamente; tratarlos a cada uno como un tierno y único amante durante cuarenta días, y al cabo de ellos, transformarles irremisiblemente en el animal que les place, en medio de las mayores burlas y aun tormentos(1). Por fortuna, mientras esté en mi casa, confío en que nada le sucederá, a menos que la reina averigüe su retiro y le arrebate para pábulo de su pasión. Sabed, sin embargo, que su poder no llega hasta mí.

(1) Estas escenas hechiceriles del palacio encantado de la reina Laba han sido puestas a contribución modernamente por el inglés Rider Hoggard en su novelita *She*, novela que, a su vez, ha tenido cierta resonancia con motivo de una discusión literaria por si ella había sido o no plagada por otra obra francesa, *L'Atlantide*, premiada en 1919 con el Gran Premio de literatura que anualmente otorga la Academia, "merced a su extraña originalidad".

De esta última novela dice en una de sus crónicas Gómez Carrillo:

"La novela me ha gustado por su mezcla de ciencia y de fantasía, por sus espejismos lunares, por su olor a tierras lejanas, por su sequedad algo ruda, por su misterio, por sus paisajes de sol y de arena, por su gracia legendaria. Dos oficiales franceses encargados de una misión arqueológica en el Sahara, se apartan de la ruta de las caravanas y se dejan llevar por un gula diabólico hasta la capital sagrada de los tuaregs. Ahí se encuentran, de pronto, prisioneros en un palacio encantado, entre seres grotescos y fantasmales que parecen escapados del manicomio del Doctor Pluma. En ese palacio hay una inmensa sala de pesadilla, en la cual se ven, momificados, los cadáveres de todos aquellos a quienes la reina Antinea se ha dignado amar durante una noche. Hay ahí ingleses, italianos, españoles, franceses, pobres exploradores perdidos en el desierto y recogidos por la soberana voraz e inconstante.

–El que penetra aquí –dice a los oficiales una vieja con rostro de bruja–, no vuelve nunca a salir... Además, cuando ven a la reina, ya no desean marcharse... Es la más bella de las mujeres... Y la más voluptuosa de las amantes...

–¿Cuánto tiempo los conserva vivos?

–Eso depende del placer que le proporcionan... Un mes, una semana, un año... A un jovencillo inglés que parecía tísico, lo guardó un año... A un coloso belga, lo mató en ocho días... Mueren todos de amor... Sí... de amor... de voluptuosidad... Los hay que sucumben suavemente, con el rostro lleno de lágrimas... Otros se vuelven locos y cantan al agonizar... Uno, un español, el único español, sucumbió de rabia, mordiéndose a si mismo.

–¿Cómo es esa reina?

–Miradla...

Ante los oficiales aparece entonces la terrible devoradora de amantes, bella y misteriosa cual la reina de Saba.

"Ni un brazalete –dice– ni una sortija. Como traje, una simple túnica transparente. Sus cabellos negros, sueltos, caían sobre sus frágiles hombros. Sus párpados estaban profundamente azulados, y en su divina boca había una sonrisa de supremo cansancio. De pronto se puso de pie y la vi desnuda. ¡Espectáculo amargo y espléndido!"

Toda la novela, copto se ve, es un sueño de haschich.

No sabía el joven Beder cómo mostrar su gratitud a aquel anciano que desde entonces se presentaba como hermano de su padre. Pero lo que entrambos se temían sucedió; es a saber, que la reina Laba le vió, se prendó de más que de nadie, mandó por él, al fin, haciéndole llevar a su lado y tratándole desde el primer día con honores singulares, en su palacio, en su mesa y en su lecho, que con él compartió día tras día, en medio de una magnificencia y un lujo fastuosos.

Pero Beder cuidaba mucho, siguiendo las instrucciones de su maestro Abdallah, de no dejarse cegar por aquellas engañosas apariencias y estaba en guardia siempre contra el peligro de aquella pérfida hechicera, quien, entusiasmada con la varonil belleza del joven, no le llamaba por su nombre de Beder (Luna-llena), sino por el de Schems (el Sol). Así siguieron ambos en sus transportes pasionales, hasta que llegó el temible día cuarenta de semejante vida y en el que tan aciago fin habían ido teniendo sucesivamente todas las anteriores víctimas de la infame, por ella transformados en bestias.

–Es preciso tratar a este monstruo en figura de mujer como merece –le había dicho el día anterior Abdallah al joven–. Al efecto, toma estas dos tortas que acabo de preparar. La maga ha hecho otras dos también para hacértelas comer en su compañía. Cuida muy bien de fingir que comes de ellas, sin probarlas siquiera, y cuando ella se figure que estás ya bajo su acción perturbadora, oblígala tú a comer de las tuyas, y así que las haya probado, échala con el hueco de la mano un poco de agua al rostro, diciéndola: en nombre del Señor de todo lo criado que deje su forma de mujer y tome la del animal que se te antoje. El conjuro surtirá inmediatamente su efecto, y aquélla quedará castigada como merece.

Punto por punto ocurrió como Abdallah había previsto. La cruel Laba lo dispuso todo con la mayor perfidia. Tras una noche de locos transportes pasionales de ambos, y

cuando creyó llegado el momento de obrar sacó sus tortas e invitó a comerlas al joven. Éste, con disimulo, sustituyó la torta de la reina por una de las suyas, comiendo como si tal cosa. Entonces la maga se fue hacia el surtidor vecino y echóle un poco de agua al rostro, diciendo:

–¡Infeliz estúpido, deja tu forma humana y toma la de un mal rocín, cojo y tuerto!

Pero Beder siguió impasible, y entonces la hechicera, fingiendo que sólo le había querido dar una broma, le rodeó de más y más amorosos transportes. Invitada, a su vez, por Beder para que probase de las tortas que él había hecho, no se atrevió a negarse para no despertar en él sospechas, y no bien hubo probado el primer bocado, Beder, con un rápido movimiento la arrojó un poco de agua a la cara, al par que la decía:

–¡Infame hechicera, deja esa forma humana en la que tantos daños llevas hechos, y conviértete en yegua!

Instantáneamente se operó la transformación. Laba, transformada en hermosa yegua, quiso hablar para moverle a compasión, pero le fue imposible. Además no estaba ya en manos de Beder el deshacer lo hecho, así que llamó a un palafrenero para que ensillase a la yegua y la pusiese un freno, sin encontrar ningún freno que bien la viniese, hasta que Abdallah le dió uno que le cuadraba perfectamente, montando seguidamente en ella camino de su reino, pero no sin que el sabio viejo dijese a Beder al despedirle:

–Hijo mío, monta en la yegua, vete y no te detengas más en este impío reino, y no entregues a nadie las riendas de la yegua, porque te vendría grave daño con ello.

Tres días después de la partida de Beder, se encontró en el camino con un viejo, que le detuvo con diversas preguntas, y mientras tanto se presentó otra astrosa vieja, que comenzó a llorar inconsolable a la vista de la yegua.

–Es, señor, esta yegua la que mi hijo perdiera hace algún tiempo y por lo que está inconsolable. Me daría la vida, pues, si accediese a vendérmela por el precio que quiera.

–Vale mil monedas de oro, y vos no tenéis trazas de poder dar por ella ni una sola – replicó el joven, por evadirse de la vieja. Pero se encontró con que la vieja, sacando una bolsa, se puso a contarle las mil monedas de oro.

Alarmado entonces el joven, pretendió oponer que había hablado sólo por broma, mas se interpuso el otro anciano, diciéndole:

–Como sois extranjero, señor, ignoráis la ley de este reino, que prohíbe mentir bajo pena de muerte, así que si no queréis que os suceda algo peor entregad inmediatamente la yegua a su compradora.

Le fue inútil a Beder el insistir, y desmontando la yegua se la entregó de malísimas ganas a la vieja, quien, quitándole al punto las riendas de aquélla, echó un poco de agua sobre su cabeza y, con el acostumbrado conjuro, la tornó a su antiguo sér y estado de reina. Ésta, no bien se vió así desencantada, lanzó un estridente silbido y en el mismo instante apareció un horroroso genio que, cogiendo a los tres en los brazos, en menos que se dice los transportó de nuevo al antiguo palacio de la reina Laba en la Isla de los Encantos. Su primer cuidado fue el de apelar a sus

acostumbrados medios y transformar al hermoso Beder en un feo mochuelo con orden de que no le diesen ni agua ni comida.

Pero la doncella encargada era gran amiga de Abdallah, quien, decidido a no tolerar ya más aquel estado de cosas, fuese a palacio; silbó a su vez del modo más vigoroso, haciendo aparecer a un alado querub llamado Relámpago y le dijo: "Lleva a esta doncella al palacio de la reina Gulnara de Persia, para que la informe del peligro en que su hijo se encuentra." Ella y Saleh, su hermano, reunieron en seguida un poderoso ejército marítimo, salido del fondo de las aguas, otro terrestre y otro de alados genios del aire, cayendo sobre el palacio de Laba sin dejar de él piedra sobre piedra, después de haber sacado de él la jaula con el encantado Beder, y desencantándole.

Después de tamaño triunfo se decretaron grandes fiestas: Abdallah, apadrinado por la reina Gulnara en persona, casó con la doncella que había salvado la vida a Beder.

-Falta aún otra boda -dijo Saleh, y apelando a sus evocaciones mágicas, llamó e hizo llegar a sí al rey Samandal con todo su palacio y a quien tenía desde hacía tiempo encerrado, como ya sabemos, por oponerse obstinadamente al matrimonio de Beder con Giauhara, su hija.

Contóle con toda suerte de detalles a cuántas y cuán peligrosas aventuras se había expuesto el joven por causa de su amor a la princesa y, contrajo que aún podía temerse de su terquedad orgullosa, con gran contento de todos, accedió al fin a otorgar la ansiada licencia.

De allí a pocos días, y en el mismo palacio de la Ciudad de los Encantos, por mágico modo reconstruido, se celebraron con nunca vista pompa los desposorios de la celeste princesa Giauhara, hija del excelso rey Samandal, con el joven Beder, heredero por línea paterna del reino de Persia, el mayor de todos los de la tierra, y heredero también por línea materna del más dilatado reino del mar, desposorios que venían a significar, por tanto, la feliz unión, siglos de siglos deseada, entre el mar, la tierra y los cielos... El nuevo pueblo de aquellos sublimes consortes no fué otro que el de los millares y millones de infelices humanos que, como antes viésemos, habían sido transformados en bestias por la mala magia de una nefasta hechicera.

COMENTARIOS

Ya apuntamos, en la nota del comienzo, que cuantos nombres propios juegan en este hermoso mito encierran su correspondiente simbolismo ocultista. Beder, Bedred o Bedreddhín, más bien que el significado de "luna-llena", que le asignan las traducciones árabes, merece el de "sol" y "hombre solar", es decir, el de un hombre lo suficientemente adelantado en la senda de lo Oculto para merecer ser hijo de un rey de la tierra y una princesa del mar y desposarse nada menos que con Giauhara, hija a su vez del rey de los genios aéreos, tan superiores a los genios marítimos como éstos lo son a los hombres y demás habitantes de la tierra.

Comienza, pues, aquí, en este cuento, lo que llamar podemos también El libro de los hombres héroes, o conquistadores por sí mismos de la Iniciación, que tan hermosos desarrollos ha de recibir en próximos capítulos.

La Gul-i-anar, Guli-anas o “Juliana”, que al rey persa es entregada como esclava, es, en efecto, de otra raza que las demás mujeres, no sólo por su marítima procedencia y su alto linaje, sino también por su silencio, su altivo carácter, “que no tolera rivales”, y el sacrificio que de sí hace uniéndose a un miserable hombre terrestre, siquiera este hombre sea rey del más poderoso de los imperios conocidos.

Es, en una palabra, el símbolo y el prototipo del alma divina que a todas nuestras míseras personalidades cobija y que, como dicen los tratados de mística, no tolera por rivales a ninguna de cuantas pasiones nos avasallan a nosotros los mortales, anublando el celeste brillo de aquélla. Por eso es, sí, “flor de granada”, flor capaz de contener en cada uno de los granos de su fruto un vástago nuevo de una futura y regenerada humanidad. Para entronque de este mito con el general de toda la obra de Las mil y una noches, al rey persa en cuestión se le vuelve a asignar el nombre tan característico de Schashaman o “Shah-shamán”, o sea la etimología que varias veces llevamos dada de “hombre solar”, “hombre divino” o shamano, es decir, partidario de la “Religión del Espíritu”, y no de otra alguna positiva, y por ello se le hace “señor de la Ciudad Blanca del Korasán” o región central de donde luego se dispersaron los arios por el mundo, único capaz de alzar sin impiedad el “Velo de Isis” o velo azul y oro bajo el que se ocultaba la gentil Gulnara, en cuyo mismo nombre iban ocultos los dos nombres isiacos de la luna.

Beder, al ser sumergido al nacer en el seno de las aguas, sin ahogarse, por su propio tío el rey Saleh, es ese mismo conde Olinos de la leyenda parsi de Asturias, al que se refiere el conocido romance que canta:

“Conde Olinos, conde Olinos
fue niño, y pasó la mar.”

y su dicho tío Saleh, rey de Shaman-dal, nos muestra asimismo en este nombre que le asignan invariablemente los textos, a una especie de Melquisedec parsi, prototipo del Melquisedec bíblico o rey de los Melchas o “bárbaros occidentales” del que con tanto elogio nos habla el Génesis (*), donde además aparece el nombre de Salé o Saleh, como padre de toda la tribu hebrea, al figurar (Gén. X, 22-25) este Saleh como nieto de Sem, hijo de Arphasad, padre Heber y remoto antecesor de Abrabam..., una de las mil pruebas del abolengo parsi del “pueblo elegido”, del pueblo “hijo de la tierra y del mar” como Beder, es decir, de gentes parsis y aun brahmánicas, y de gentes atlantes, melchas u occidentales, por otro. En cuanto al reino de Shamandal o de “los shamanos”, regentado por Saleh, poco podríamos añadir que no fueran repeticiones de lo anteriormente expuesto.

(*) En efecto, el capítulo XI, v. 29 del Génesis, nos habla del desposorio de su hermano Nachor con Melcha (o más bien con una de las hijas de los dichos mlechas occidentales, y en el capítulo XX aparece otro hijo de los mlechas: Abimelech, rey de Gerara o "Gian-hara", quien pretende arrebatarle a Abraham a Sara, su mujer, a quien él había presentado como "su hermana". Por último, en el capítulo XXI, vs. 22 al 34, se habla del pacto hecho entre ambos por causa del "pozo de agua viva", o sea de "la pura Fuente de la Iniciación" y de sus doctrinas salvadoras, a cuyo lado también aparece Rebeca, la nieta de Melcha, para ser destinada como esposa de Isaac (ib. XXV).

Pero hay otro detalle bien curioso respecto de la reina Laba o Labana que figura en el relato parsi como sometiendo a durísima prueba a Beder, y es la concordancia de su nombre femenino con el nombre masculino de Labán, tío de Jacob (el "Iacho" o "Inacho" griego), hombre que engaña repetidas veces a este último y se hace servir de él durante siete años para obtener la mano de Rachel (*), dándole meramente la de Lais o Lía. La doctrina interna, pues, lo mismo del mito parsi que del mito hebreo, es la de que el neófito, después de sus rudos esfuerzos de discipulado, más bien suele obtener al cabo de ellos los necromantes conocimientos de los "lais" occidentales (Lía), que los puros y genuinos de Oriente ("Chela" o "Ra-chel"). De aquí que veamos al joven Beder, antes y después de la aventura de Laba, transformado, primero en ibis, flamenco u otra de las consabidas "aves blancas", y luego a punto de transformarse, como el héroe del Asno de Oro de Apuleyo, en miserable jumento, cual transformados yacen, ¡ay!, por causa de sus vicios tantos y tantos desgraciados hombres en nuestros tiempos y en todos...

(*) Por supuesto que como todo esto es puro mito o simbolismo, la R'achel del Génesis es, en clave filológica, el ansiado título de Chela o "discípulo" ansiado por el candidato, quien, después de siete años de servicios, no obtiene la "mano" de Raquel, sino la de Lía, es decir, no la Doctrina de Oriente, sino la del "Lía-fail" o de Occidente

Por cierto que la extraña yegua en que, merced a los consejos del anciano gurú o iniciador Abdallah (1), queda transformada la reina Laba bajo el conjuro del joven, es la misma hechicera o maga negra que ya vimos aparecer en la introducción de Las mil y una noches, en el relato de los viejos jeques de barba blanca, bajo la forma de yegua, corza o ternera. Beder pudo estar seguro, ni más ni menos que estarlo podemos los demás mortales en tanto, ¡mito admirable!, que no abandonemos ni un solo instante las riendas de nuestra bestia, porque, de lo contrario, por momentáneo que sea aquel abandono, jamás podremos alcanzar a medir las consecuencias... ¡La Ciudad de los Encantos o de la reina Laba no es, en efecto, sino este peligrosísimo mundo en el que durante nuestra triste encarnación nos debatimos!

(1) El nombre dado al anciano iniciador de Beder contra los peligros de Laba es árabe y posterior, significando simplemente "el hombre bueno" u "hombre de Dios", es decir, "el Iniciador". Siempre este Gurú o Maestro se presenta en todos los cuentos de Las mil y una noches instruyendo al discípulo antes de acometer la aventura peligrosa en la que se juega, no sólo su vida, sino el destino post-mortem de su alma, que así ha de salvarse o de condenarse

Quien lo dude que tienda una mirada por el mundo y vea: aquí a unos hombres frívolos, payasos eternos que no son bajo el conjuro de la reina Laba sino otros tantos libidinosos simios; allá, a otros hombres viviendo, como la hiena o el tigre,

de los despojos de la sangre de sus semejantes, a quienes sacrifican en guerras crueles, de las que ellos obtienen saneadas ganancias –¡saneadas, oh ludibrio, cuando son de lo más insano e inmoral que darse puede!–; acullá, hombres hipócritas, deslizándose como sierpes y demás sabandijas por entre las sombras del hogar ajeno, para sembrar en él, ora la desunión de los celos, ora la ruina, de la que ellos se aprovechan... ¡Como, que todo acto nuestro no inspirado en la efectiva virtud es siempre un acto animal, acto que, como tal, siempre encuentra su reflejo en el mundo inferior de esos seres que, lejos de ser anteriores al hombre en esta Ronda, como universalmente se cree, no son sino posteriores e hijos de nuestra misma degeneración o caída, como se enseña al comienzo del tomo II de La Doctrina Secreta, pues sus psiquis, sobre todo la de los mamíferos, no parece sino que está hecha con retazos, despojos y miserias de la psiquis nuestra, psiquis llamada también a experimentar una segunda muerte en la región astral del Kamaloka, según nos dice Plutarco, en conocido texto de Isis y Ossiris, que no vamos a repetir. Los “fragmentos” o “cascarones” de esta psiquis, después de la segunda muerte, son, según el Ocultismo, las que vienen a constituir las psiquis de los animales, por ser ley de la Naturaleza la del utilizamiento por organismos inferiores de los elementos desechados por otros superiores, cosa con la cual no hay que añadir que nos encontramos frente a frente del misterio de la Metempsicosis pitagórica y aun frente a otro misterio más pavoroso aún: el de la Muerte del Alma o caída en esos mundos no humanos del Avitchi y de La octava esfera, a los que se refiere aquel consejo ocultista de Psellus, que reza: –¡No descendas, hijo mío, no descendas, que la escala de la caída tiene siete peldaños, al final de los cuales está el ciclo de la terrible Necesidad...!” La “muerte del alma” o caída en “La Ciudad del Dite”, que el Dante diría.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna